

LA ESTATUA DE CONDILLAC

El arte de lo informe puede ser interesante pero no bello. La belleza está en la expresión acabada de formas particulares de la materia física u orgánica que, más allá de las impresiones que inhiere nuestros sentidos, convierten las sensaciones materiales en emociones conmovedoras del espíritu humano. El valor estético de cada obra de arte corresponde a la calidad y magnitud de lo expresado en ella como emoción comunicable.

La informidad de la materia y el experimento con materiales inesperados pueden causar sensaciones interesantes, como las experimentadas por los adultos ante los primeros trazos infantiles o las novedades superfluas, pero no emociones orgánicas o morales que nos inquieten o conmuevan. El artificismo del arte de chocar ni siquiera rompe la inercia de la mente.

Lo feo y lo bello no agotan la escala de los valores estéticos. Esa escalera sutil también tiene peldaños para lo sublime, lo hermoso y lo terrible. La estética sólo excluye de su ámbito las sensaciones de placer y dolor que compartimos con los animales. La teoría materialista de las sensaciones, formulada por Condillac bien avanzado el XVIII, pudo ser adecuada para explicar el origen de las ideas, como hicieron los ideólogos del Instituto donde se matriculó Napoleón, pero inadecuada para fundar las bases de una estética que, en esa filosofía, sólo podría ser de lo sensorial.

La célebre metáfora de la estatua de mármol dotada de cerebro y carente de sentidos exteriores, a la que se comienza añadiendo el olfato, ilustra la creencia de que un solo sentido basta para crear la memoria, la distinción entre objetos y las ideas universales. Pero esa estatua, como los ordenadores de inteligencia artificial, nunca accedería al mundo de las intuiciones alógicas que inspiran las creaciones del gran arte ni a las emociones suscitadas por la contemplación de sus mejores obras.

Mi formación estética no proviene de la filosofía. Rechazo la consideración del arte como fuente de saberes sensibles inferiores a los saberes intelectuales de la lógica, como creyó el fundador de la estética como disciplina autónoma, Baumgarten. Lo que la emoción estética tiene de irracional está de sobra compensado con la autenticidad de las intuiciones de lo verdadero. Pero aunque comporte conocimiento intuitivo, la finalidad del arte es la contemplación. También rehúso la confusión kantiana de equiparar su objeto con lo que agrada universalmente. Un plato bien sazonado será un deleite para todos, no una belleza. Y la escultura helenística Laocoonte es tan bellísima como angustiosa.

Más que de los primeros tutores y los primeros amores, como se ha dicho, en mi caso los criterios del gusto estético proceden de la Historia del arte. En ella encuentro todo lo que hay que sentir o saber para distinguir con fundamento objetivo los valores estéticos expresados en cada obra de



arte, incluido el literario. Esto no quiere decir que la estética se reduzca a un buen conocimiento de la tradición artística, pero sí que las innovaciones estéticas han de responder siempre al sentido y a la función que die-

ron los grandes maestros a sus obras de arte, como expresión de nuevas intuiciones formales, que fueron inteligentes para la comprensión del mundo de su tiempo y conmovedoras para siempre de la vida ordinaria. No se debe olvidar que el gran arte complace porque evade. Cosa que no puede lograr el sensorialismo artístico, sin más propósito que el de chocar.

Me encanta que la erudición en humanidades del profesor Martín-Miguel Rubio le permita descubrir paralelismos entre mis ideas y las de lo clásicos, de las que yo mismo no soy consciente. Pero me satisface mucho más que mis artículos de pensamiento político o estético lo distancien de su tragedia familiar, aún tan cercana, embarcándolo en nuevos viajes de ida y vuelta a la vieja Grecia y la antigua Roma.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

EL DIÁLOGO COMO EXCUSA

Por las veces que se apela al socorrido y manido diálogo, parece que viviéramos en un país de cejijuntos y apretados botajaras, remedos sin evolución de los moradores de Atapuerca, incapaces de intercambiar más de tres palabras seguidas entre nosotros. Da la impresión de que la llamada al diálogo se ha convertido en el recurso fácil de los que andan carentes de ideas y escasos de alternativas, como si el diálogo por el diálogo sin más, fuera la panacea de todos los problemas. El diálogo social y político es necesario y útil hasta que deriva en diálogo de besugos o de sordos, ante la imposibilidad de llegar a un punto de encuentro y de luz. Cuando la oposición, los sindicatos y hasta los llamados pontoneros afectos al naciona-

lismo vasco, critican la supuesta cerrazón del gobierno, en realidad lo que piden es que el Ejecutivo acepte sus tesis y retire los proyectos sobre los que piden dialogar. O sea que el Gobierno es flexible y tolerante si dialoga y asume las políticas de la oposición y de los sindicatos; por el contrario, si el Ejecutivo ejerce su responsabilidad y toma decisiones, por más impopulares que puedan resultar, es totalitario e intransigente. A veces el diálogo no puede ser y además es imposible.



Antonio JIMÉNEZ



CLAUDICACIONES DEL PSOE

El actual secretario General del PSOE, José Luis Rodríguez Zapatero, había iniciado un giro a la izquierda; es decir, hacia el lugar natural de un partido que lleva el nombre de obrero y socialista. Y todos los que somos



de izquierda sin maniqueas hostilidades partidistas no podíamos dejar de alegrarnos. Pero Rodríguez Zapatero tropezó con el grave problema del Sahara Occidental y el movimiento de avance se detuvo, para retroceder parsimoniosamente, como en un minué, con la mayor elegancia posible. No había que alterar la fiesta de los supuestamente poderosos. Y para no disgustarlos, el Sr. Rodríguez Zapatero intentó la cuadratura del círculo. Afirmaba su solidaridad con los saharauis y, al mismo tiempo, mantenía que se debía renunciar al referéndum, ateniéndose al plan Baker, es decir, al sometimiento del pueblo saharauí a la monarquía marroquí bajo una supuesta autonomía. Claudicación que provocó la justa crítica del Frente Polisario. Y es que pensaba, sin duda, el líder socialista que se debía ser «realista»: su correligionario Manuel Marín, pretendidamente experto en cuestiones internacionales había predicho lo que

el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas iba a determinar. Imposible quedar bien con todos. Al menos agrandar al poder y, respecto a los combativos pero ilusos saharauis, darles unas palmadas amistosas.

¿Resultado de tan as-tuta como lamentable operación? El Consejo de Seguridad no ha suscrito el plan Baker, y la dirección del PSOE ha quedado no sólo como claudicante, sino como falta de visión y de información. En el más estricto ridículo. Y casi a la derecha del Gobierno del PP.

Una de las causas de la escandalosa situación mundial que estamos viviendo —si alguien duda de que sea tan lamentable, le bastaría con ojear el último informe de las Naciones Unidas sobre el desarrollo humano— es la traición de los partidos socialistas, de sus direcciones, al papel que deberían jugar y que correspondería a sus orígenes. Que Blair y Schröder se presenten como socialistas resulta casi una burla. Que Felipe González alardeara de sus buenas relaciones con el empresariado y Solchaga pretendiera, como un logro, que España era el país en que resultaba más fácil y rápido hacerse rico son realidades insultantes para quien se considere socialista. Pero, siguiendo la línea iniciada, me referiré ahora sólo a la política internacional seguida por nuestro PSOE.

Ciertamente, el momento crítico más importante para definir la identidad y el papel de la izquierda en nuestros años de democracia es el que representó el debate y referéndum sobre nuestra permanencia o salida de la OTAN. La coyuntura que se planteaba trascendía, incluso, el ámbito español; en Inglaterra, en Alemania, en muchos países existía una amplia oposición a los bloques militares, al despliegue de los misiles de última generación y a la loca escalada del armamento nuclear con el riesgo del ecocidio bélico. Y de hecho el debate atrajo una importante atención y participación internacional. La salida de España de la OTAN hubiera tenido consecuencias importantes más allá de nuestras fronteras: potenciaría los movimientos pacificadores y la dinámica iniciada podría abrir el horizonte de un mundo más racional, y socialmente menos injusto, menos oprimido económica y políticamente por el desarrollo bélico. Hubo sectores del PSOE, por supuesto Izquierda Socialista, que así lo comprendieron. Pero la dirección, con Felipe González, presidente del Gobierno, había pactado nuestra incorporación al complejo militar industrial que dominaba la política occidental y había controlado nuestra transición, desarmando los impulsos innovadores de la izquierda. La campaña realizada desde el control de los medios de comunicación triunfó en las zonas sociales menos informadas con el engaño del desarrollo que la OTAN iba a traernos. ¿Por qué estas reiteradas e importantes claudicaciones? «No se puede servir a dos señores» como rezaba el Evangelio. Y los partidos socialistas tienen que elegir entre servir a los pueblos y clases oprimidos, cuya liberación abre un mejor futuro o servir a quienes sostienen este mundo injusto.

Carlos PARÍS